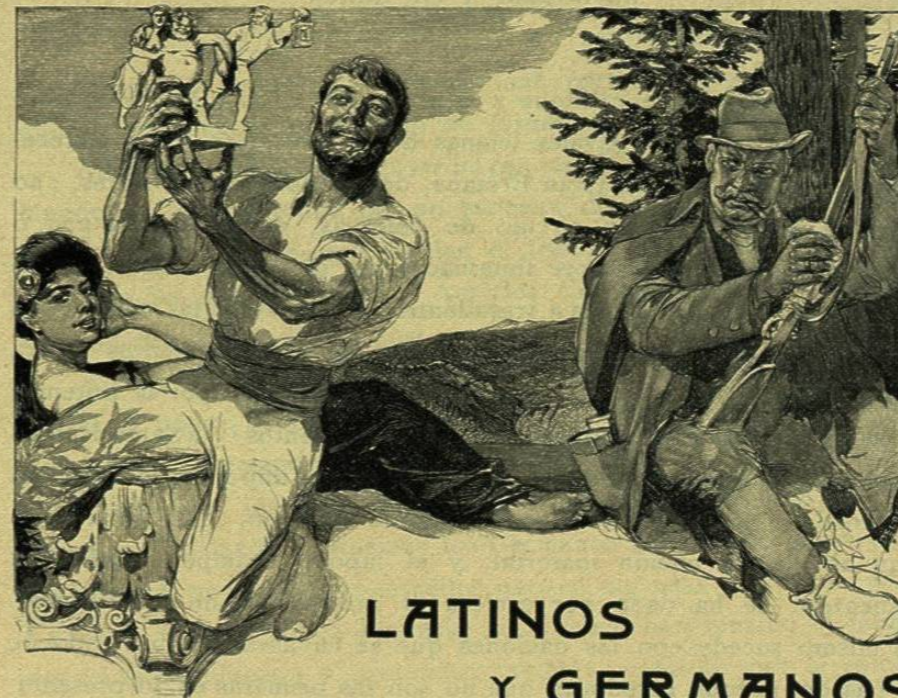


del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis ó en la embocadura del Hudson, ó en cualquier otro lugar de atracción, no sería imposible, y hasta hemos de prepararnos á esta idea como á la de un fenómeno normal de la vida de las sociedades. El crecimiento de los grandes núcleos de atracción no se detendrá hasta la época en que se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios; pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más en ese incesante cambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede compararse al vaivén de la sangre en el cuerpo humano. Es indudable que el nuevo funcionamiento dará origen á nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, habrán de renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social.



LATINOS Y GERMANOS

La Historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

CAPÍTULO III

VANIDADES NACIONALES. — LATINOS. — ORIENTE MEDITERRÁNEO.

EL HOMBRE ENFERMO. — GRECIA. — ITALIA.

PENÍNSULA IBÉRICA.

FRANCIA: SUS COLONIAS, EL PROCESO DREYFUS, PARÍS Y LA PROVINCIA.

OLIGANTROPÍA. — ÁFRICA MENOR. — MARRUECOS Y SAHARA.

ALEMANIA: SUS DEFENSAS MARÍTIMAS, LA NAVEGACIÓN INTERIOR.

AUSTRIA-HUNGRÍA. — BÉLGICA. — HOLANDA. — ESCANDINAVIA.

A sí como el individuo, en su pasión instintiva de durar á todo trance, rechaza la idea de la muerte y suscita en su imaginación el sueño de la inmortalidad personal, las naciones tampoco quieren admitir que puedan desaparecer: los cambios inevitables, revoluciones y catástrofes, quieren que respeten su existencia. No sólo querrían las naciones continuar viviendo, sino que pretenden tener la primacía, si no en todo, á lo menos en algo que las clasifique en la primera categoría. Suele aceptarse irónica-

mente que Francia se califique á sí misma de «Gran Nación», pero ¿cuál de sus vecinas ó rivales lejanas no se considera como merecedora de ese título? La Gran Bretaña, dominadora de los mares, ¿no rodea el mundo con un círculo de colonias, de las cuales una ó varias á la vez están siempre iluminadas por el sol en el zenit? ¿No se alaba la «Anglo-Sajonia» trasatlántica de ser entre las naciones la más audaz é ingeniosa y la más apta para los descubrimientos y para el progreso? ¿No se considera Alemania la primera por la potencia de su genio y por la amplitud de sus pensamientos? «Santa Rusia» se intitula la gran devoradora de reinos y de imperios, la heredera universal de todos los Estados del Mundo Antiguo. La China es la gran abuela, la nación inmortal, y el Japón, el imperio del «Sol Naciente», se ha dado por carrera la inmensidad de los tiempos. Lo mismo sucede con las naciones que se envanecen sobre todo de su pasado, porque reconocen que no son las primeras en lo presente. Grecia se enorgullece de ser el país de Platón y de Aristóteles, de Herodoto y de Tucídides, de Esquilo y de Sófocles, de Apeles y de Fidias, en tanto que Roma habla de su antiguo imperio sobre el mundo entonces conocido y de que gobierna todavía en muchos países por su lengua, su espíritu, su religión, su moral y sus leyes. Por último, los más pequeños Estados creen tener al menos una superioridad, y con sinceridad harto cándida, por ejemplo, los Suizos, en sus fiestas nacionales celebran sus virtudes, y hasta el pueblo errante de los Judíos, llevando su patria en la suela de los zapatos, se proclama el «Elegido de Dios».

Para dar más cuerpo á sus reivindicaciones de superioridad, los patriotas de cada nación se complacen en apoyarse sobre una fracción más extensa de la humanidad, á la cual aplican, ciertamente sin razón, el nombre de «raza», de una significación muy elástica. Á los pueblos mediterráneos que participaron de la antigua civilización romana se les llama «Latinos», como si las lenguas que hablan, italiano, español, portugués, francés, rumano y romanche les constituyeran una especie de descendencia moral respecto de los antiguos habitantes del Lacio; hasta suelen añadirse los Helenos de Europa, de las islas y del Asia Menor á esa pretendida raza de los Latinos, y se les da como clientela natural las tierras del África Menor ó Mau-

ritania, cuyos residentes bereberes son harto poco numerosos para que se les conceda el derecho de formar una raza aparte

Además los Latinos se atribuyen también la mitad del Nuevo Mundo, es decir, todas las poblaciones de origen muy mezclado, blanco, rojo y negro, que hablan el francés, el español ó el portugués, en las Antillas, Méjico, América Central y todo el continente colombiano al sud de Panamá.

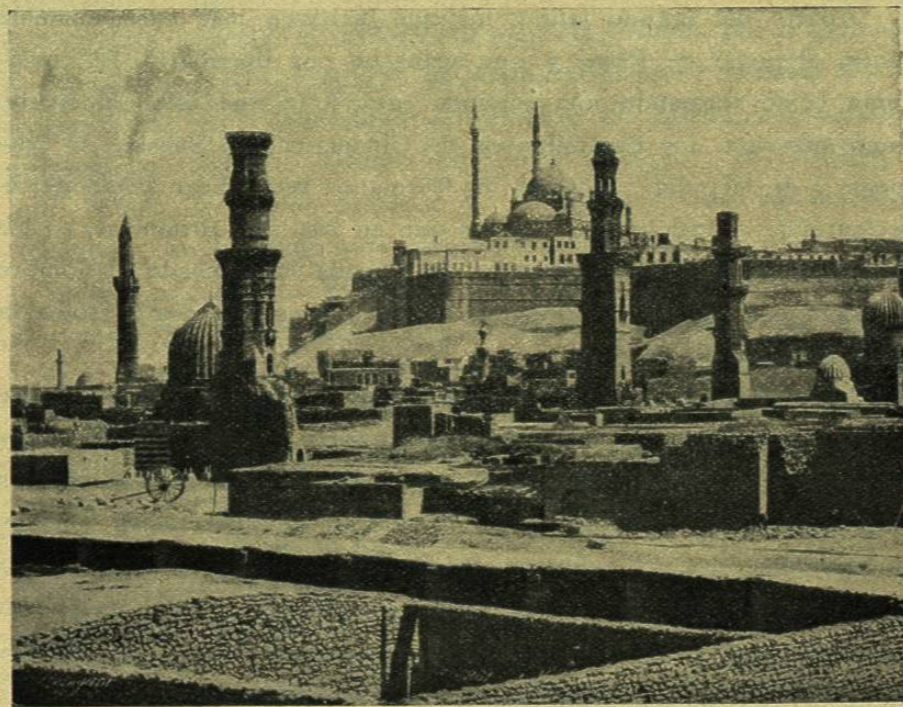
Aparte del mundo latino, los que lucharon más enérgicamente contra el poder de Roma y que acabaron por derribarlo, se consideran como formando una segunda raza, á la que unen al Norte, como sub-raza, los Escandinavos de Dinamarca, de Suecia, de Noruega y de Islandia. Además los Germanos reivindican como pertenecientes á su raza todos aquellos que en las islas Británicas, en los Estados Unidos y en la Potencia del Canadá han tomado el nombre de «Anglo-Sajones» y pretenden también constituir por sí solos la raza directora del mundo.

Los Eslavos de la Europa oriental, desbordándose al Oeste sobre Alemania, al Sudoeste sobre Austria-Hungría y Balkania, al Sudeste sobre las regiones caucásicas y al Este sobre los inmensos territorios del Asia, abarcan también bajo el nombre de raza eslava muchos pueblos sometidos. Finalmente, las naciones dominadoras del mundo de cultura de tipo europeo se dignan consentir en ceder un puesto á su lado, bajo el nombre de «raza amarilla», á los quinientos millones de Chinos, de Indo-Chinos y de Mongoles.

En cuanto á los Japoneses, los clasificadores se hallan indecisos: ¿se les colocará entre los «amarillos», á los cuales pertenecen por el origen, el color, la lengua y las tradiciones, ó se les unirá á los Anglo-Sajones con los cuales están estrechamente aliados en concepto político y cuyas costumbres tratan de copiar? ¿Y con qué nombre designarán los trescientos millones de peninsulares hindus ó dravidianos? Ordinariamente hay tendencia á no ver en ellos más que una simple dependencia de la «raza» anglo-sajona que les gobierna.

Desde la última mitad del siglo XIX, gran número de «Latinos», considerados como personajes representativos, se abandonan á cierto

desaliento y parecen admitir como una especie de axioma que «el alma latina está vacía», que el genio de la raza está definitivamente agotado. Tales necesidades sólo pueden explicarse por la vanidad herida. Los triunfos rápidos y decisivos del ejército alemán en la guerra de 1870, la superioridad incontestable de tales ó cuales Alemanes, Ingleses, Americanos ó Rusos en diversos ramos de la cien-



LA CIUDADELA DEL CAIRO

Cl. J. Kuhn, edit.

cia ó del arte, la furia de aplicaciones industriales por cuyo medio los Estados Unidos se han colocado en primer término, constituyen tantas pruebas brillantes de la extensión de los progresos materiales é intelectuales en el mundo, que los Latinos no pueden evidentemente reivindicar la hegemonía: se sienten distanciados, y por despecho se creen ya muertos. Son risibles todas esas letanías y oraciones fúnebres pronunciadas sobre su difunta raza por los mismos Latinos y repetidas en coro por Anglo-Sajones y Germanos. Felizmente ese duelo se aplica á pueblos vivos y bien vivos: la historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

Á excepción de dos puntos estratégicos, Gibraltar y Malta, la parte occidental de este mar interior es bien latina, pero las costas orientales son muy disputadas, y la mayoría de poblaciones que por esa parte pertenecen á la vertiente mediterránea, permanecen aún fuera del círculo de las anexiones europeas, si no en concepto político — porque Egipto ha venido á ser dependencia directa de la Gran



EXCAVACIÓN DE UN TEMPLO EN NIPPUR

Cl. del Globus.

Bretaña —, al menos en cuanto á las costumbres, á las lenguas y á la conciencia étnica. Aquellas admirables comarcas, teatro de nuestra primera civilización histórica, han sido de tal modo pisoteadas, gastadas, arrasadas, puede decirse, por los conquistadores sucesivos, que á duras penas han podido reflorcer. Los restos de las grandes naciones que allí se sucedieron, Armenios y Heteos, Elamitas y Caldeos, descendientes de los pueblos del Asia Menor, Frigios y Licios, Fenicios de Siria, Egipcios del Nilo y gentes de la Cirenaica, se han

visto forzados á prosternarse ante tantos amos, que han llegado á perder toda energía: ni siquiera conciben ya que, como sus antepasados, les sea posible vivir en independencia política: cambiar de dominadores, adquirir algunos privilegios, obtener tolerancia para sus cultos respectivos, á eso se limita su ambición colectiva. Toda iniciativa ha desaparecido; á esos indígenas no les queda más que la ductilidad, la plasticidad, la astucia para acomodarse á su condición servil, á lo menos para conseguir algún beneficio material. Desde los principios de la historia, en los países mediterráneos del Oriente existe, relativamente á ciertos aspectos, un gran retroceso: la población ha disminuído y la superficie completamente desierta se ha aumentado. Las arenas en muchos puntos llegan hasta las orillas del Eufrates, y los Beduínos nómadas recorren hoy lo que antes fué la fecunda campiña de los Caldeos.

Sobre una gran parte del territorio de la antigua Siria, la población se ha concentrado sobre las dos vertientes de los montes del litoral, especialmente hacia las dos metrópolis actuales, de una parte Beirout, de la otra Damasco. Aunque dependientes del Gran Señor, gran parte de los habitantes de la comarca han conservado las prácticas religiosas de los tiempos de la dominación bizantina. Los cultos y las sectas, con sus ritos y sus tradiciones hereditarias, son las causas determinantes de la división de los hombres en sociedades y en naciones diversas, y esto, no sólo porque las religiones orientan especialmente la vida, sino porque corresponden á una instrucción y á una educación particulares: modifican la voluntad, las costumbres y hasta el tipo del rostro y del cuerpo.

Entre Musulmanes, Metualis, Drusos, Maronitas, Griegos unidos, Griegos ortodoxos, Sirios y Armenios, que en su mayor parte proceden del mismo fondo étnico y de los mismos cruzamientos de raza, las diferencias se han hecho profundas y manifiestas en las fisonomías, la expresión, las actitudes, en todo el «ritmo visible de la vida», porque las «grandes características del individuo proceden de nuestras ideas dominantes»¹. Las sociedades son «organismos que las ideas dominantes modifican según un tipo particular». La

¹ André Chevillon, *En Syrie*, «Société Normande de Géographie», Enero-Febrero de 1898, p. 33.

faz cambia al mismo tiempo que las ideas; sobre el fondo nacional se planta una nueva marca, la del carácter profesional, al cual se sobrepone el tipo moral, el de la idea.

Entre los diversos Sirios, el cristiano no tiene la superioridad moral. Separado de las funciones nobles y respetadas, despreciado, rechazado, tenido por inferior por su mismo nacimiento, obligado á ingeniarse para defenderse, á vivir de artificios y de astucias, reducido á las resignaciones pacientes, á las solicitudes prolongadas, el cristiano de Oriente se ha hecho á la vez humilde, obsequioso é inteligente, pero de una inteligencia que no crea ni inventa y á la que faltan las ideas generales. Carece de voluntad, de iniciativa, de pensamiento original y personal¹.

La pequeña Palestina, con la estrecha cuenca cerrada del Jordán, es también un campo de religiones diversas, que representan otras tantas patrias diferentes. Los musulmanes, los que profesan el culto del sultán, son los más numerosos, pero acogen con tolerancia á cristianos y judíos. Los primeros forman tantos ejércitos enemigos como ritos diferentes existen: católicos romanos, ortodoxos griegos, protestantes de denominaciones diversas tienen iglesias, capillas, conventos, hospitales, cuyos intereses distintos son muy enérgicamente defendidos; frecuentemente han estallado escaramuzas que hubieran tomado proporciones de verdaderas batallas si los soldados musulmanes no hubieran intervenido caritativamente. Cada uno de esos cristianos se cree con derecho especial á poseer el lugar santo donde sus propios pecados han sido expiados por la muerte de un Dios, y considera como un ultraje que otros puedan tener una pretensión igual á la suya.



Cl. P. Sellier.
MENDIGA JUDÍA EN JERUSALÉN

¹ André Chevillon, *En Syrie*, «Société Normande de Géographie», Enero-Febrero de 1898, p. 35.

En cuanto á los Judíos, ¿no están en su propio país, en el terreno que el mismo Jehovah dió á sus antepasados? Musulmanes y cristianos son por ellos considerados como intrusos en aquella tierra de promisión, y sin embargo, aun siendo descendientes de los más antiguos inmigrantes, necesitan pedir humildemente un acceso que no siempre se les concede. Los Judíos son actualmente en número de sesenta mil, ó sea como uno sobre diez habitantes, en los límites de la Palestina, y sobre esos sesenta mil individuos, cerca de la mitad se compone de mendigos y parásitos sostenidos por la caridad de los ricos banqueros de Occidente. La gloria de Israel no resplandece en la Jerusalén actual; sin embargo, el «pueblo elegido» espera confiadamente reconstruir un día su templo sobre la montaña de Sión. Sobre los diez millones de Judíos esparcidos en el mundo, hay unos doscientos mil, «los Sionistas», que se han ligado en una sociedad que espera contra toda esperanza que les será devuelta la tierra de los abuelos á pesar del sultán, de los mahometanos y de los cristianos, y aun de la inmensa mayoría de sus correligionarios indiferentes; pero la pequeña Palestina, cuyo suelo alimenta escasamente en el día 340,000 habitantes, ¿cómo podrá recibir la multitud de los Judíos que vuelvan del tercero y tan largo cautiverio? ¡Entonces intervendrá el milagro para que afluyan hacia Jerusalén, la nueva Londres, todas las riquezas del mundo entero!

Ya el país limítrofe de la Judea, Egipto, sólo pertenece á un dueño musulmán. Sabido es que en la repartición de Africa — casi enteramente terminada en nuestros días, puesto que Abisinia y Marruecos son los únicos trozos no repartidos todavía, la Gran Bretaña se ha adjudicado las tierras del Nilo, las más deseables del mundo por su maravillosa fertilidad y por su posición en el centro mismo del grupo de los antiguos continentes, en el paso de Europa á las Indias.

Hasta se dice que Inglaterra considera como suya la bahía de Bomba, directamente al sud de Creta, habiéndose asegurado así de antemano la posesión de todo el litoral que se extiende á 1,000 kilómetros al oeste de Alejandría; del mismo modo que los antiguos Ptolomeos y otros dominadores de Egipto, se inclina fácilmente á considerar la Cirenaica como una dependencia natural de la tierra del Nilo, y aunque Italia estableciera, como desea, sus colonias en el

país de Barka, Inglaterra habrá tomado al menos su ventaja de intervención y de vigilancia naval. El interés de ese Estado es evidente: el establecimiento de un ferrocarril entre un puerto de la Cirenaica y Suez permitiría reducir en veinticuatro horas lo menos el trayecto de Londres á Bombay por Marsella, Alejandría y Port-Said; por un paquebot rápido, la travesía del Mediterráneo, de Bran-

N.º 494. Mediterráneo inglés.



1: 40 000 000
0 500 1000 2000 Kil

La bahía de Bomba es la que penetra por el Este en el país de Barka.

disi á Bomba, no emplearía más que una treintena de horas. La posesión de Chipre, en el golfo que baña á la vez las costas de Cilicia y las de Siria, á la vista del Taurus y del Líbano, contribuye también poderosamente á dar á los Ingleses una posición preponderante en el Mediterráneo oriental.

Pero aunque Chipre y Egipto hayan sido arrancados al imperio del Jefe de los Creyentes, este imperio existe aún, y la misma rivalidad de las potencias le promete una duración larga. En realidad Turquía, con sus dependencias de Europa, de Asia y de Africa, no se pertenece á sí misma; es la cosa de lo que se llama